COMPROMETERNOS CON LA VIDA DE LOS POBRES

No queremos seguir acumulando trazos porque no buscamos impresionar a nadie. Tan sólo queremos decir que el frío lenguaje de las estadísticas que nos habla de caída de salarios, de aumento de desempleo y desnutrición es una realidad palpable. Esta realidad puede verse desde diversos ángulos: como una masa susceptible de provocar desórdenes y saqueos y potencialmente desestabilizadora del sistema, como un peligro para la seguridad de la "ciudadanía", como un peso muerto para el desarrollo, como el ejército de reserva que neutralizará cualquier intento de los trabajadores de imponer condiciones a las empresas, como un problema insoluble para los servicios asistenciales del Estado... De entre las muchas perspectivas posibles queremos recordar una que, a diferencia de las otras, no nos parece relativa sino absoluta: son seres humanos que viven en muy malas condiciones y cada día con menos esperanza. Como venezolanos estos compatriotas nuestros nos revelan la verdad de nuestra situación: con la renta petrolera y la riqueza acumulada no hay ninguna teoría económica que justifique su postración. Como cristianos no podemos dejar de escuchar la voz de nuestro Dios que nos reclama: "¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra". Si respondemos: "Yo qué sé ¿acaso soy el guardián de mi hermano?", es que somos unos caínes. Esta es la verdad. En una situación en que lo que está en juego es la vida o la muerte y no sólo el vivir mejor o peor, tener recursos y no ponerlos para que haya vida no es simplemente egoísmo. Hacer eso es ser un asesino.

Son muy complejos los problemas del empleo y la productividad. Pero si la vida de estos hermanos venezolanos no és un objetivo primordial en la política real de la empresa privada y del gobierno, más aún una preocupación lacerante de cada uno de los venezolanos, no somos hombres sino lobos, no somos cristianos sino idólatras.

Lo mismo podemos decir respecto de nuestra Iglesia. Si en esta novena de años de misión el problema de la vida de este pueblo creyente y oprimido no pasa de ser un tema entre muchos y ni siquiera el primero, si no se convierte en una perspectiva desde la que todo lo demás se jerarquiza, no es la Iglesia de Jesús de Nazaret, ni la del Dios de la vida ni la del Espíritu vivificador.

No tratamos (en esta breve nota) de señalar caminos concretos sino de poner ante nuestras conciencias y más aún de meter en nuestros corazones la preocupación por estos venezolanos que viven en estado de pobreza absoluta. Cierto que existen otros muchos problemas que reclaman nuestros desvelos. Pero plantear nuestras vidas como si no existieran estas personas significa negar a Dios y negar la posibilidad de una verdadera realización humana porque no hay alegría en el gozo que necesita de olvido.

ES POSIBLE LA ESPERANZA

Los nubarrones son apocalípticos: No supimos manejarnos con la abundancia petrolera; y ahora cada día está más claro que no somos capaces de manejarnos en la crisis. " ¡Esto se lo llevó quien lo trajo!".

Ojalá fuera sólo la dosis de pesimismo presente en toda sicología individual o colectiva. O manipulación de "conspiradores satánicos" controlables mientras tengamos exorcistas responsables.

La "crisis" –con su innegable realidad de la torta que llega para menos– se ha convertido en la nueva ideología que pretende encubrir los negocios de los de siempre y carga todo su peso también sobre los de siempre.

Y las perspectivas son peores. Puede mejorar algún indicador económico. Pero con el modelo que se está aplicando las grandes mayorías estarán peor dentro de un año. Y peor dentro de cinco años. Sólo una alienación política puede soñar esperanzas de que las cosas se compondrán con la vuelta al gobierno del otro partido. Y la izquierda, al menos en los que se va mostrando, ni es alternativa ni es garantía. Por supuesto las "soluciones" de Seguridad Nacional, ya desacreditadas, aunque se disfracen de tecnocracia del "Roraima" o de "generación de relevo", agravarían las cosas.

REDIMENSIONAR LAS EXPECTATIVAS

En esta coyuntura el recurso que más peligra es la esperanza. El síndrome de país imposible, de país que nos toca padecer, es paralizante y parte del sistema ideológico que apuntala el estado actual. Es la tentación de los buenos. Es la corrupción de los buenos. " ¡Corruptio optimi, pessima'!".

La motivación, fundamental para conseguir algo, tiene un doble constitutivo: la atracción de lo que se busca y la expectativa de lograrlo. Está haciendo crisis la expectativa.

Las expectativas de los jóvenes que cogieron el monte en los años 60, las de los cristianos que en estos mismos años esperaban el cambio porque tenían bellas proclamaciones, las que suscitó el MAS en la siguiente década con su frescura y creatividad, las de los que confiaban en la raíz popular que tenía AD, las de los que cada cinco años han ido renovando sus esperanzas en figuras candidateadas por multimillonarias maquinarias, todas ellas, se han perdido en el atajo político de tomar el gobierno y han dejado de lado el camino largo, que también incluye la política, de construir un poder distinto.

Para renovar la motivación no basta ni la prédica moralizante ni la terquedad voluntarista al servicio de la sociedad apetecida. Es necesario, sobre todo en estos momentos, redimensionar las expectativas.

Tenemos experiencia acumulada, como democracia de 27 años, del inmenso poder de los intereses económicos, con su capacidad de mediatizar toda decisión de gobierno, con su eficiencia en la ideologización y legitimación del sistema, y su capacidad corruptora. La construcción de un nuevo poder es un camino largo. Es un trabajo lento. Tiene mucho de orgánico. No hay fórmulas para construir ceibas.

Vale la pena observar la fenomenología de las motivaciones y de los desencantos. Hay desencanto donde se han soñado soluciones fáciles; donde la motivación fue un superficial contagio de una moda o una necesidad sicológica de idealismo o un resentimiento; donde la única alimentación de una postura social es la lectura empantuflada del periódico o de las páginas nocturnas de un SIC que sirve pa'coger sueño. Pero hay motivación renovada y creciente donde hay compromiso vital profundizado en experiencias de fracasos y éxitos, donde se comparten análisis y rectificaciones, donde se hace teoría desde una praxis, donde hay humildad que no persigue el éxito personal sino el crecimiento del grupo propio... y del ajeno, donde hay amor que busca no tanto expresarse cuanto realizar un proyecto. Redimensionar las expectativas no es rebajarlas sino darles organicidad social.

UN APORTE CRISTIANO

En diversos momentos de evolución del pensamiento cristiano se ha planteado si lo cristiano añade alguna especificidad propia a la tarea social.

La pregunta tiene connotaciones de filosofía esencialista. No pretendemos plantear el problema a ese nivel.

Los cristianos estamos aprendiendo a respetar y a valorar a los no cristianos, y a solidarizarnos con ellos. Incluso a reconocerles en muchos campos su protagonismo y darles nuestro apoyo. Esto es muy claro en el Vaticano II. Más aún, muchos de nuestros aportes, que consideramos muy cristianos, no tienen por qué ser exclusivos nuestros; ni tenemos el derecho de bautizar a los no cristianos como cristianos anónimos.

Muchos aportes muy nuestros —no exclusivos, repetimos, pero sin los cuales no podemos ser cristianos— son, sin duda, muy necesarios para que sea posible la esperanza hoy en Venezuela. El desinterés personal, la capacidad de sacrificio y entrega, la paz interior en la turbulencia del conflicto, el respeto a la persona aun en el medio de la lucha por la justicia, la capacidad de creación y comunicación simbólica para motivar y para celebrar los logros, la gracia en medio del pecado para levantar de la caída y el desánimo, incluso la capacidad de dar la vida para dar vida... es un aporte que Venezuela necesita y muchos están dando.

Los aportes sociológicamente reales como la capacidad de convocación y movilización o la de legitimación-deslegitimación o las capacidades humanas y técnicas de los cristianos o las organizaciones cristianas, serán válidos en tanto cuanto son reales los aportes existenciales que el Espíritu de Jesús sigue suscitando.

La esperanza existe. No como necesidad sicológica o como ideología alienante condenada al fracaso. Existe como apuesta histórica socialmente sembrada. Existe como la tensión escatológica del reino de Dios que ya está en medio de nosotros pero que no va a ser culminada sino más allá de nuestra historia.